

Vincent Piednoir

Cioran antes de Cioran  
Historia de una transfiguración

Prólogo de  
Jacques Le Rider

Traducción de  
Laura Claravall

ediciones del  
**subsuelo**

Barcelona 2025

Título original: *Cioran avant Cioran. Histoire d'une transfiguration*

© Éditions Gaussen, 2013

© de la traducción: Laura Claravall, 2025

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo, S.L.U., 2025**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

[www.edicionesdelsubsuelo.com](http://www.edicionesdelsubsuelo.com)

ISBN: 978-84-129747-1-3

Depósito legal: 978-84-129747-1-3

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

# Índice

Prólogo de Jacques Le Rider	13
Introducción	17
<i>1911</i> Del inconveniente de haber nacido... rumano	25
<i>1928</i> El sello de la desesperación	63
<i>1933</i> En favor de la barbarie	103
<i>1941</i> El año de transición	149
<i>1949</i> La entrada en la lengua francesa	203
Bibliografía selectiva	241
Índice onomástico	247

*A Laurence Tacou, en prueba de mi amistad*

## Prólogo

Hace treinta años, en otoño de 1982, subí la escalera del inmueble de la rue de l'Odéon donde vivía Cioran en un pequeño apartamento situado bajo el tejado, como una buhardilla de artista, pero confortable y luminoso, para hablar con el autor de *Breviario de podredumbre* sobre el «caso Otto Weininger», a quien él mencionaba al lado de Kleist, Nerval y Carolina von Günderrode, y que yo había tratado a mi manera en una tesis publicada unas semanas antes en PUF, en la colección de Roland Jaccard. Visité a Cioran con la intimidante sensación de encontrarme con un clásico contemporáneo. Nadie en aquella época podía imaginar que había existido un «Cioran antes de Cioran». Se había situado con tanta naturalidad en la primera línea de la literatura francesa contemporánea que a nadie se le ocurrió explorar sus inicios rumanos. Habría que añadir que el propio Cioran guardaba silencio sobre esta primera época de su vida.

Recuerdo que en esta primera visita a Cioran me preguntaba si él me reprocharía no haber hablado de Weininger, el héroe de su juventud, según sus propias palabras, con suficiente entusiasmo (nunca he sentido demasiada simpatía por este personaje temible y deplorable, roído por el odio a su propio cuerpo, el miedo a las mujeres, el odio a su judeidad, su odio a la vida). Pero Cioran no deseaba entablar una conversación en profundidad. Para

él, Weininger sólo tenía importancia como un recuerdo autobiográfico. Tuve la sensación de que lo que más le interesaba era recuperar las razones afectivas e intelectuales que, en determinada época, muy lejana, lo habían llevado a apasionarse por el autor de *Sexo y carácter*.

Leyendo el texto de Vincent Piednoir he entendido mejor por qué esa relación personal de Cioran con Weininger me había parecido enigmática; por qué le había interesado tanto ese personaje, al margen de que la suma de misoginia, antisemitismo y crítica a la cultura moderna era un síntoma de la crisis de la cultura vienesa y centroeuropea de principios del siglo XX.

Luego, llegó el momento de las divulgaciones y de las revelaciones. El público francés conocía una serie de documentos abrumadores para «el primer Cioran». Para todos aquellos a quienes, como yo, se nos inducía a revisar nuestra opinión sobre este autor, aquello supuso momentos de turbación y dudas.

Vincent Piednoir nos ayuda a entender «el caso Cioran». Su investigación no oculta ninguna de las terribles aberraciones ideológicas que acercaron a este brillante intelectual rumano al fascismo y al nacionalsocialismo. Nos permite comprender que la ruptura entre el primer Cioran rumano, el que nos consterna, y el Cioran francés, al que amamos y admiramos, es un ciclo de muerte y renacimiento cuyo modelo remonta a aquellos místicos que él leyó con pasión. Permite comprender que el clasicismo de Cioran fue una conquista y una victoria sobre el caos neorromántico de su vida anterior. Y que, para él, la lengua francesa fue un antídoto (y a veces una pócima amarga) que debía curarlo de su tendencia de juventud a la logorrea mórbida.

El ensayo de Vincent Piednoir nos muestra que los textos de Cioran no tienen nada de intemporal: se nutren de cabo a rabo

## PRÓLOGO

de las pasiones del siglo XX; desenfrenadas en su primer período, dominadas en el segundo. Después de leer a Vincent Pied-noir ya no se admira a Cioran con la misma ingenuidad que antes, pero aumenta más que nunca la fascinación por su destino y su obra.

JACQUES LE RIDER

## Introducción

Considero a E. M. Cioran, nacido rumano, uno de los mayores escritores franceses de los que pueda enorgullecerse nuestra lengua desde la muerte de Paul Valéry; y considero su soberbio pensamiento uno de los más exigentes hoy en día en Europa. Su dominio del lenguaje y del pensamiento lo convierten, para mí, en un autor de gran talla a quien habría que asegurar un lugar propio en el ámbito internacional.

Esta valoración extremadamente elogiosa —firmada por Saint-John Perse y publicada en *Time Magazine* el 31 de julio de 1968— no ha dejado de confirmarse a lo largo de las siguientes décadas. Aunque, en vida, Cioran nunca gozara de esa celebridad fulgurante a la que acceden algunos autores que se han convertido en *vedettes*: la forma de sus escritos, tanto como su contenido, no se prestaban a ello —y, sin duda, no era a una gloria de este tipo a la que un hombre como él aspiraba—. Sin embargo, hay que reconocer que en cuanto se inició en la lengua francesa, en 1949, se formó un círculo de admiradores fieles —más bien incondicionales— a su alrededor; un círculo que, progresivamente pero con una regularidad constante, se amplió hasta que sus obras recibieron el reconocimiento que merecen. Tras la muerte del



escritor, acaecida en 1995, el interés siguió aumentando: estudios universitarios, publicaciones diversas y coloquios se sucedieron a través del mundo, demostrando así la importancia de un pensamiento que, hasta los años ochenta, era bastante desconocido o incluso, para muchos, poco serio.

Con un estilo singular (conquistado con gran esfuerzo), Cioran expresó el absoluto desencanto del hombre contemporáneo, su escepticismo ante la Historia, la imposibilidad a la que se sabe empujado de poder esperar *con plena lucidez*. Paradojas brillantes, odio al sistema, desconfianza en Dios y en el Progreso; gusto desmedido por la negación, la provocación, la ironía; vaivenes asumidos entre la rabia y la resignación; deseo de recuperar lo *esencial* y temor a perderse en el proceso; amor por el fragmento, por la fórmula, por la *palabra* que impacta e incita a volverse contra sí mismo: la obra francesa de Cioran ofrece una imagen tan despiadada de la aventura humana que sin su humor y sin la extensa cultura que la impregna, su efecto devastador sería difícilmente soportable. No resulta sorprendente que una época como la nuestra —angustiada, descreída— busque en ella diagnósticos en lugar de remedios. ¿Acaso nuestro sangriento siglo XX no ha demostrado hasta dónde el entusiasmo, asociado con una representación dogmática del mundo, puede llevar a la humanidad? ¿No ha dado paso a la desesperación, a una lucidez paralizante que recluye al hombre en su propia soledad? La fe religiosa como portadora de sentido, el compromiso político como vehículo de la realización del bien colectivo, la idea del progreso técnico como factor de emancipación; todo ello depende hoy en día de concepciones vacilantes, cuando no obsoletas. En nuestras latitudes, el acto de *creer* se ha vuelto sospechoso; la sensación de ser engañado, instintiva. El individuo se compone

y se descompone; ya no se identifica con nada, aunque lo intenta; *asiste* a los acontecimientos como mero espectador: el relativismo que lo rodea y el hecho de centrarse excesivamente en sí mismo le crean una multitud de dudas que lo aíslan más todavía. Este clima saturado de escepticismo —del que demasiado a menudo se ignora la existencia y su impacto—, Cioran lo interiorizó y lo describió con una fuerza clarividente. ¿Acaso su obra francesa no es un ejercicio paciente de «desfascinación»? En cualquier caso, el interés que despierta está plenamente afianzado y justificado. Este adepto al hastío —que extraía el material de sus intuiciones tanto de lo cotidiano como de la tragedia histórica, tanto de los periódicos como de los grandes textos filosóficos— es actualmente objeto de lectura y estudio en todos los rincones del planeta. Y aunque el número 21 de la rue de l'Odéon —la dirección de su legendaria buhardilla parisina— todavía no se ha convertido en un lugar de peregrinación, una publicación reciente ha consagrado a este misterioso gnóstico de los tiempos modernos: la edición, en 2011, del conjunto de sus obras *francesas* en la ilustre Bibliothèque de la Pléiade.

Sin embargo —Saint-John Perse lo destacaba— Cioran *nació rumano*. Es más: antes de adoptar la de La Rochefoucauld y la de Chamfort, fue, en su lengua materna, un ensayista fecundo, comprometido con los diversos debates culturales y políticos que reclamaban la atención de sus contemporáneos. Cuando, en 1941, abandonó para siempre Rumanía, ya había publicado al menos cinco libros y un centenar largo de artículos de prensa. Por lo tanto, no era en absoluto un principiante en el mundo de las letras. Elige sus temas; su temperamento y su predilección por el aforismo ya son perceptibles, al igual que sus preferencias literarias, filosóficas. Su producción rumana es cualquier cosa

menos secundaria; no son ni los desechos de un espíritu lejano, perdido en el limbo de un pasado que ya es radicalmente *otro*, ni el primer atisbo de una obra que posteriormente aparecerá en su plenitud a través de su confrontación con el francés. La posición y el papel que desempeñan en el recorrido de Cioran son mucho más complejos. Revela experiencias decisivas, cuando no fundacionales; es el rastro tangible de una memoria a la que todavía debemos interrogar y, sobre todo, en el itinerario interior del pensador, encarna una etapa crucial cuyo recuerdo impregnará toda su reflexión ulterior. Ocupar un lugar en el panteón de los grandes escritores franceses del siglo XX no justifica amputarle sus raíces rumanas, a pesar de que tal vez este fuera su deseo. Entre el Cioran «rumano» y el Cioran «francés» existe un entramado de conexiones sutiles que, no por ser subterráneas son menos reales. ¿Cómo se puede entender a este denigrador de la Historia, a este apologista del repliegue, a este místico sin fe si no se conoce a aquel que fue en otro tiempo, en otra lengua, en la otra punta de Europa? ¿Cómo se podría medir el esfuerzo que hizo para romper con su yo anterior si se desdeñan los excesos y la violencia a los que se entregó en su juventud, respaldando así la locura criminal que, en los años 1930, iba a desencadenarse en el mundo? ¿Por qué habría que silenciar unos elementos biográficos y unos escritos que, por sí solos, aclaran muchos de los desafíos de esta obra obsesionada con el mal, la caída en el tiempo, la muerte? ¿El «gran Cioran» habría nacido por arte de magia? Ciertamente no; en su caso habría que hablar más bien de una metamorfosis, incluso de un *renacimiento*, ardentemente deseado.

Nuestra intención, en las siguientes páginas, es rastrear, partiendo de algunos datos esenciales, el recorrido del joven Cio-

ran desde el Rășinari de su infancia hasta sus primeros años en París. Sin pretender ser exhaustivos, consideramos necesario volver sobre esta época, tan rica como dolorosa, de su vida sin omitir ni minimizar sus zonas oscuras. Que durante el otoño de 1933 Cioran se iniciara bruscamente en la acción política; que se convenciera de la ejemplaridad del hitlerismo; que apoyara, en su país, al movimiento legionario; que fuera un feroz enemigo de la democracia; que repitiera hasta la saciedad que sólo cuenta el derecho del más fuerte; que ensalzara los méritos de las dictaduras; que alentara el fanatismo de las masas como necesario para la nueva Rumanía del futuro; que, finalmente, al igual que tantos otros, pusiera su talento de escritor al servicio de causas que la historia ha demostrado que eran *esencialmente* criminales y destructoras, hoy en día, es un hecho incontestable. Los textos existen, y se trata de examinarlos cronológicamente, de situarlos en su contexto histórico, cultural y político. ¿Deberíamos ahorrarnos este trabajo, por doloroso que sea, en particular para los admiradores de Cioran? Sólo esta labor nos permitirá identificar los mecanismos que intervinieron en la «politización» de su discurso, apreciar *en su justa medida* la radicalidad de la ruptura que se produjo durante los años de la Ocupación y, sobre todo, releer la producción francesa a través del prisma de estas preguntas legítimas: ¿cómo *recordaba* el «gran Cioran» su pasado? ¿Qué influencia ejerció este último en la forma y la evolución de su pensamiento? ¿Hubo confrontación, superación o, por el contrario, tergiversación, ocultamiento?

Estas son preguntas cruciales. Porque es cierto que Cioran siempre fue muy discreto sobre sus textos rumanos. La imposibilidad —hasta una fecha muy reciente— de acceder directamente a ellos tuvo la nefasta consecuencia de permitir a algunos exége-

tas franceses interpretarlos de forma más polémica que rigurosa. Como escribió Kundera hace unos años: «Revistieron el cadáver de un gran escritor francés con un traje folclórico rumano y lo obligaron, en su ataúd, a levantar el brazo en un saludo fascista». <sup>1</sup> La idea era no únicamente dar a conocer al público este período bastante desconocido y sin embargo esencial de la vida de Cioran, sino desacreditar, de forma más o menos tácita —y en cualquier caso precipitada— el conjunto de su obra francesa reduciéndola a una maniobra de ocultación, a un intento permanente de camuflaje, a un *palimpsesto*. Se alzaron voces contra el método y las conclusiones de estos detractores de Cioran; se iniciaron discusiones, a veces acaloradas, sin que se impusiera, de uno y otro lado, la ponderación necesaria para moderarlas.

Revisando este pasado —que apela a nuestra memoria colectiva y nos recuerda que *las creaciones del espíritu tienen su propia historia*— no pretendemos ni condenar a Cioran ni escandalizar a aquellos que, como nosotros, seguimos teniéndolo en gran estima. Del mismo modo, no pretendemos buscar excusas retrospectivas ni mostrar una indulgencia fuera de lugar. Invitar a una relectura minuciosa, esclarecedora y *justa* de su obra francesa; esa es, en definitiva, nuestra única ambición.

Este breve ensayo está en deuda con Jacques Le Rider, Marta Petreu y Gina Puică. Mi más caluroso agradecimiento a todos ellos por su valiosa ayuda y sus siempre sabios consejos.

1. *Le rideau*, París, Gallimard, 2005, p. 163. [Trad. cast., *El telón*, tr. Beatriz de Moura, Barcelona, Tusquets, 2005.]